

# FILOSOFÍA Y METÁFORA. ELEMENTOS DE IDENTIDAD: UNAMUNO - NERUDA <sup>1</sup>

## 1. PRESENTACIÓN

Este trabajo se enmarca dentro de lo que podemos denominar área de influencia unamuniana al desarrollo de la reflexión y creación intelectual latinoamericana. Por tal motivo, en estas líneas intento mostrar cierto influjo de la figura de Unamuno en Pablo Neruda, poeta chileno. Si bien no existen antecedentes de relaciones entre ambos, estimo existe coincidencia de fines y temáticas como el sentido de ellas a la hora de pensarlas, retratarlas y enjuiciarlas. Así, independiente de la certeza que nos dice que entre ambos personajes no se dio ningún tipo de contacto, es posible considerar —como hipótesis— la posibilidad, desde el estudio del conjunto de sus obras, de mostrar la conexión de propósito que se da entre ellos. En otros términos: mostrar que en el juego de ficción nerudiano —que como manifestación literaria tiene la particularidad de engarzarse en la reflexión sobre la persona— existe una coincidencia de propósito con el pensamiento unamuniano.

Este trabajo pretende hacerse cargo, en parte, pues no es posible por la brevedad, de este punto.

## 2. ELEMENTOS DE IDENTIDAD

En *Confieso que he vivido. Memorias*, obra de carácter autobiográfico, Pablo Neruda señala algo que en principio llama la atención por su carácter más bien anecdótico, menciona a Miguel de Unamuno como de quién tiene

<sup>1</sup> Este trabajo es parte de uno de los resultados del Proyecto DIUC, U. de C., Chile, n.º 202063.002-1.0.

noticias por boca de un querido amigo suyo, Alberto Rojas Giménez, a quien más adelante, a causa de su muerte, le dedicará uno de los poemas más hermosos de su obra: *Alberto Rojas Giménez viene volando*. La frase es la siguiente «*De don Miguel de Unamuno había aprendido a hacer pajaritas*»<sup>2</sup>. Sin embargo, e independiente del carácter anecdótico de la mención, cuando se profundiza en la obra de Unamuno así como en la obra de Neruda, la frase de Neruda que recuerda al primero deja de ser un asunto menor, y se constituye en señal de que existe entre ambos una coincidencia espiritual en la observancia del lenguaje como medio de comunicación de una realidad humana profundamente carnal. En este sentido, Neruda se inclina por un contenido poético cuyo antecedente de declaración de principios podemos buscarlo en aquellos términos unamunianos que rescatan el hacer filosófico al modo de un realismo concreto-carnal. Al respecto, bien dice García Bacca sobre Unamuno que éste «*nos pone eficiente y eficazmente ante una realidad nueva y nuestra; nos revela con toda su fuerza un componente real de nuestra realidad que hasta ahora no había sido valorada filosóficamente*»<sup>3</sup>.

Independiente que podamos acusar a don Miguel de Unamuno de una carencia de «*forma técnica*» filosófica, igual vemos y descubrimos en él la presencia de una conciencia que podemos identificar como de filosófica, hecho que se observa en el propósito de revelar una realidad profundamente carnal y sanguínea con todas sus causas y efectos colaterales. Así lo deja establecido en un texto que podemos considerar a estas alturas como clásico y cuyas palabras iniciales muestran al mejor Unamuno: «*... soy hombre, a ningún otro hombre estimo extraño. Porque el adjetivo humanus me es tan sospechoso como su sustantivo abstracto humanitas, la humanidad. Ni lo humano, ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el sustantivado, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere—, el que come, bebe y juega y duerme y piensa y quiere, el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano*»<sup>4</sup>. En esta declaración de principios de lo que podríamos considerar su universo fundamental de investigaciones filosóficas, se encuentra el contexto desde el cual poder establecer una relación con el acto poético nerudiano. Hecho que se descubre no obstante el antecedente que en Neruda no existe algo que podamos identificar como de conciencia filosófica, si por filosofía entendemos ese buscar posicionar un discurso de justificación existencial-material en el caso suyo, e incluso metafísico, desde una perspectiva racional. Sin embargo, por

2 Pablo Neruda, *Confieso que he vivido. Memorias*, Barcelona: Seix Barral, 1988, p. 59.

3 García Bacca, *Nueve grandes filósofos contemporáneos*, Barcelona: Anthropos, 1990, p. 84.

4 Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, Madrid: SARPE, 1984, p. 25.

ser Neruda poeta y sobre todo poeta mayor que habla desde una locación humana determinada por —precisamente— lo vital<sup>5</sup>, nos abre a la posibilidad de que, mediante una hermenéutica, se descubran intuiciones y, por tanto, suficiente material digno de ser considerado para su tratamiento desde una perspectiva, eso sí, filosófica, como ocurre, por ejemplo, en el poema *La palabra*. Veamos algo de esto.

*Luego el sentido llena la palabra./ Quedó preñada y se llenó de vidas./ Todo fue nacimiento y sonidos:/ la afirmación, la claridad, la fuerza,/ la negación, la destrucción, la muerte:/ el verbo asumió todos los poderes/ y se fundió **existencia con esencia** / en la electricidad de su hermosura...<sup>6</sup>.*

En ellos, como en otros poemas podemos aventurar que existe una conexión de fines y de universo de intelección entre Unamuno y Neruda que una hermenéutica realizada a la obra demuestra.

Desde un criterio hermenéutico, el acto poético nerudiano se descubre bajo el carácter de una filosofía construida al modo unamuniano preocupada de «ver» al sujeto como realidad tangible. En este sentido, la metáfora aparece cumpliendo un rol de liberación, por ejercicio imaginativo, del «*poder que tienen ciertas ficciones de redescubrir la realidad*»<sup>7</sup>, cuestión que ratifica el mismo Neruda en *Oda al hilo*<sup>8</sup>:

*Éste es el hilo/ de la poesía./ los hechos como ovejas/ van cargados/ de lana/ negra/ o blanca.*

Bajo esta consideración de la metáfora, la ficción nerudiana resulta ser un aporte al ejercicio filosófico en razón a que la misma facultad o poder que tiene

5 Pablo Neruda, *Obras Completas*, t. III, pp. 636 y 637. En *Poesía sin pureza* dice algo que perfectamente podemos identificar como de manifiesto por lo vital: «*Las superficies usadas, el gasto que las manos han infligido a las cosas, la atmósfera a menudo trágica y siempre patética de estos objetos, infunde una especie de atracción no despreciable hacia la realidad del mundo*». Agrega: «*La confusa impureza de los seres humanos se percibe en ellos, la agrupación, uso y desuso de los materiales, las huellas del pie y de los dedos, **la constancia de una atmósfera humana inundando las cosas desde lo interno y lo externo***» (el énfasis es mío).

6 Pablo Neruda, «La palabra», en *Plenos Poderes*, en *Obras Completas*, t. II, Buenos Aires: Losada, 1993, p. 975 (el énfasis es mío).

7 P. Ricoeur, *La metáfora viva*, Madrid: Ediciones Cristiandad, 1980, p. 15. Agrega: «*Al unir así ficción y redescipción, restituimos su plenitud de sentido al descubrimiento de Aristóteles en la Poética: la poiesis del lenguaje procede de la conexión entre mitos y mimesis*».

8 Pablo Neruda, «Oda al hilo», en *Odas elementales*, o. c., pp. 80 a 83.

la metáfora de intervenir en el universo filosófico, pasa a ser una realidad efectiva al momento que la metáfora participa —por función específica incluso de determinación peculiar— en el proceso de desvelamiento de la verdad<sup>9</sup> o, al menos, en el ejercicio de aproximación a una explicación de la variable que realmente opera como fundamento de una realidad determinada

A la factibilidad de una lectura filosófica de la obra nerudiana en los términos explicados, ayuda el punto que la textualización de los problemas comúnmente denominados filosóficos, no se ven restringidos a un solo estilo literario. En este sentido aceptamos la afirmación de Julián Marías: «*La filosofía está, pues, intrínsecamente ligada al género literario, no en que se vierte, sino —diríamos mejor— se encarna*»<sup>10</sup>; situación que un lector, atento a Unamuno como a Neruda, tiene que reconocer.

Este talante poético capaz de sostener un juego imaginativo que nos conecta con lo filosófico, se perfila fuertemente en Pablo Neruda. Tanto, que podemos defender que a pesar de la negación suya sobre el valor de la reflexión estética a la hora de definir los criterios de la acción poética («*tengo una indiferencia natural hacia los teorizantes de la poesía...*»<sup>11</sup>), existe un discurso que podemos calificar de estético. Discurso que, con relación a la metáfora, tiene su antecedente en don Miguel de Unamuno; en la medida que su pensamiento se desarrolla a caballo de la consideración poética como un ejercicio que desde sus orígenes pretende resolver la intelección y comunicación de la problemática respecto del sentido no solamente del hombre, sino de las cosas, naturaleza y Dios.

Con D. Miguel de Unamuno, y también con Pablo Neruda, se puede considerar la relación filosofía-metáfora como algo cercano a la misma centralidad de la filosofía como al mismo hecho de la poesía. Aún más, observamos que aquí, en el pensamiento de Unamuno como en la obra nerudiana, se revela un horizonte de preguntas<sup>12</sup> que convocan a originales reflexiones de corte filosófico-poético, en el entendido que —y desde un postulado particular del cual nos hacemos responsables— el signo lingüístico se manifiesta o se constituye como existente concreto no sólo en la expresión literaria bajo sus distintas acepciones y formas, también es algo que sucede en el propio terreno filo-

9 Ya León Felipe, en *Libro IV: ¿Quién soy yo?*, poema primero en *Obras*, nos dice «... Para encontrar la verdad hay que organizar el cerebro./ Y el poeta: /Para encontrar la verdad hay que reventar el cerebro, hay que hacerlo explotar. La verdad está más allá de la caja de música y del gran fichero filosófico», Madrid: Austral.

10 J. Marías, en *Obras Completas*, t. IV, p. 331 (el énfasis es mío), citado desde *Actas del II Seminario de Historia de la Filosofía Española*, Salamanca: Ediciones U. de Salamanca, 1980, p. 168.

11 Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona: Seix Barral, 1988, pp. 469-470.

sófico al momento de detenernos a evaluar los modos y expresiones de lo que ha venido en llamarse filosofía cuando ella es un proceso que tiene que ver con la verdad <sup>13</sup>.

Al igual que Unamuno, Neruda desvela verdad por paradojas. En efecto, ese talante anti-teórico, abre un abanico de posibilidades intelectivas. Así no resulta extraña la presentación de Federico García Lorca de Neruda en *Sociedad*: «...*Un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía, más cerca del dolor que de la inteligencia, más cerca de la sangre que de la tinta. Un poeta lleno de voces misteriosas que afortunadamente el mismo no sabe descifrar; de un hombre verdadero que ya sabe que el junco y la golondrina son más eternos que la mejilla dura de la estatua... Poesía que no tiene vergüenza de romper moldes*» <sup>14</sup>.

Descripción coincidente con la propia nerudiana.

*Yo de los hombres tengo la misma mano herida,/ yo sostengo la misma copa roja e igual asombro enfurecido:/ un día/ palpitante de sueños/ humanos, un salvaje cereal ha llegado/ a mi devoradora noche/ para que junte mis pasos de lobo a los pasos del hombre* <sup>15</sup>.

En efecto, no es aventurado señalar entonces que lo que la poesía nerudiana descubre es de modo directo al hombre individual en su manifestación existencial. Bajo este perfil, lo concreto-individual de la figura humana se viste no pocas veces con nombre propio en un afán evocativo por hacer presente al lector —en el nombre específico del poema— una situación de realidad existencial como ocurre en el poema *La tierra se llama Juan*. Los primeros versos de este poema son un buen ejercicio de intelección del carácter poético que pretende dar cuenta de modo directo del modo existencial concreto:

12 Hemos de decir que, en el caso de Neruda, es notable la capacidad de elaborar preguntas, tanto que es posible señalar que con él se da origen a una poesía interrogativa. Este hecho es, desde un punto de vista metodológico, la válvula de expresión del dinamismo propio de la acción poética que responde a los modos del ser humano (asunto tratado en Rodrigo Pulgar, *Pablo Neruda: el espacio y el tiempo en el Canto General*, tesis doctoral en Filosofía, UPSA, 1998).

13 E. Bustos Guadaño, en una de las publicaciones que más se ha preocupado del tema: *Anthropos, Revista de Documentación Científica de la Cultura*, 129, año 1992, p. 41, se nos dice por parte de este autor: *Una de las concepciones predominantes en la actualidad en el análisis filosófico del lenguaje mantiene que existe una estrecha conexión entre los conceptos de significado y verdad*».

14 Federico García Lorca, en *Pablo Neruda*, Madrid: Taurus, 1986, p. 13, Emir Rodríguez Monegal - Enrico Mario Santi (eds.).

15 Pablo Neruda, OC, pp. 266-267, *Reunión bajo las nuevas banderas*, en *Tercera residencia*.

*Detrás de los libertadores estaba Juan/ trabajando, pescando, lidiando  
en su trabajo de carpintería o en su mina mojada/ Sus manos han arado  
la tierra y han medido/ los caminos/ Sus huesos están en todas partes.*

*Pero vive. Regresó de la tierra...*

A partir de este juego poético, que encierra una declaración del universo ético-estético nerudiano, declaración de propósito que observamos estrechamente ligado a la fórmula unamuniana de presentación de sus criterios de reflexión filosóficas descubiertos al lector en las líneas iniciales de su texto *Del sentimiento trágico de la vida*, la acción poética se configura interviniendo —conciente e inconscientemente— en la reflexión sobre el sentido del acto poético y, por tanto, en la clarificación de la función metafórica.

Siguiendo el planteamiento de Neruda o sus notas para una estética, notas presentes en varios de sus escritos, llegamos a entender que la metáfora es una configuración más que una mera ficción; es decir, es una construcción epistemológica que, por ello, hace incluso real la comprensión de la existencia de pluralidades de formas del discurso, y en el caso que nos importa: filosóficas. Discursos en donde podemos, sin mayores contratiempos, ubicar la razón poética y, por ende, el uso de la metáfora como recurso de uso común para la comunicación de la idea o de lo que podemos identificar como de intuición filosófica. Por esto, y en la medida que efectivamente existe verdad metafórica, debe existir paralelamente la posibilidad que la metáfora informe también sobre verdades que la filosofía en su ejercicio cotidiano propone; puesto, que al fin de cuentas, lo que tiene real valor filosófico es el *desocultamiento*<sup>16</sup> o re-velamiento de lo que aparece oculto en la propia existencia que es el existir mismo como intencionalidad; aspecto peculiar que denota que en el fondo nada aparece ya definitivo en su claridad, sino como un acontecer que en su expresión de *desocultamiento* es a toda hora, pues a todo instante está sucediendo.

Cuando Miguel de Unamuno, en su obra fundamental *Del sentimiento trágico de la vida*, deja entrever esa raíz común que existe entre poesía y filosofía, observamos que lo hace como condición de principio para su propio constitución como sujeto filosófico y también como sujeto poético, pues en él, más que en cualquier otro pensador contemporáneo ambas dimensiones se confunden. En este sentido, la relación o el vínculo sostenido entre acto poético y acto filosófico en Unamuno no es un mero accidente, si lo sería en el caso de Neruda,

16 J. E. Rivera, en un artículo que lleva por nombre «Arte y verdad», en texto colectivo *Verdad e Imagen en la Filosofía, Teología e Historia*, Santiago de Chile: Ediciones PUC, 2000, p. 26 (Clemens Franken, ed.), nos dice bellamente, siguiendo a Heidegger: «¿Qué es lo que queda al descubierto en el decir de la poesía? Queda patente, desnudo, a la intemperie, el ser de cada cosa, su pequeño misterio indecible. Pero queda, sobre todo, aconteciendo...».

pero éste salva el lazo por intuición no por un acto de conciencia que podamos calificar de filosófico.

En Miguel de Unamuno, al contrario de Neruda, la relación sostenida entre filosofía y poesía es un vínculo reconocido por él en términos que lo observa establecido desde una matriz y universo de preocupaciones que resultan ser común a ambas. De este modo, cuando Unamuno piensa y declara el lazo, la frase ya textualizada se construye como afirmación a partir de la certeza que la racionalidad le presenta: «... *Cúmplenos decir, ante todo, que la filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia*»<sup>17</sup>, agregamos, cuando de la verdad sobre el ser humano se trata.

La frase unamuniana citada aquí, no hace más que registrar el hecho que entre ambas disciplinas se reconoce un universo común. Universo de preocupaciones e intereses a veces descubierto por el acto poético y comunicado por su forma: el poema; en otras, desvelado por la racionalidad más rigurosa y expresado por medio del discurso filosófico; en otras ocasiones la revelación va de la mano de la filosofía y la poesía al mismo tiempo. En este contexto, y siguiendo lo que Unamuno nos deja, la calificación de una obra como filosófica o como poética no ocurre por obviedad, ésta obedece entre otros factores a entender el lenguaje como instrumento de comunicación de la verdad descubierta y conquistada y, por tanto, de un juego que pretende hacer inteligible la realidad por medio de recursos variopintos que se desprenden de aquella matriz común originaria que Unamuno declara: «... *no digo filósofos metidos a poetas, porque poeta y filósofo son hermanos gemelos, si es que no la misma cosa*»<sup>18</sup>.

Reconocido en Unamuno el punto originario de encuentro en el espacio que hemos denominado *raíz común*, se hace más entendible aún el por qué la posibilidad de que Neruda en su obra ofrezca una rica geografía de investigaciones filosóficas, en especial si hacemos caso de lo declarado por Unamuno: «... *pero la filosofía, como la poesía, o es obra de integración, de conciencización, o no es sino filosofaría, erudición pseudofilosófica*»<sup>19</sup>. Al respecto, ciertamente diremos que en Neruda lo que hay es un deseo de integración de un conjunto de problemáticas que, asumidas para su intelección y comunicación por la poesía, se convierten en una vía abierta para la comprensión de lo que podemos identificar como de realidad humana concreta y terráquea. En esta misma línea, Unamuno nos refuerza lo que sostenemos: «*Un Miserere, cantado en común por una muchedumbre, azotada del destino, vale tanto como una*

17 Miguel de Unamuno, o. c., pp. 26 a 40.

18 *Id.*

19 *Id.*

*filosofía»*<sup>20</sup>, agregando a continuación, «*No basta curar la peste, hay que saber llorarla. ¡Sí, hay que saber llorar! Y acaso ésta es la sabiduría suprema. ¿Para qué? Preguntádselo a Solón»*<sup>21</sup>.

En suma, sostenido el vínculo común entre poesía y filosofía, vínculo visto en ambos autores, éste aparece como la mejor respuesta al límite de la razón que por su especificidad no puede captar la esencia de la realidad en pos de entenderla como esencialmente dinámica. Entendido esto, el echar mano de los recursos imaginativos propios de la creación poética no es arbitrario; en especial, si los recursos de la acción poética son de una naturaleza tal que en ellos se recogen no los simples accidentes humanos, sino lo que de esencial en él se dan o persisten.

Al final, lo que resulta de este complejo proceso —complejo por los elementos de intencionalidad presentes en ello— es, estimo, no solamente importante para la creación de una obra humana que recree precisamente la figura del ser persona, sino, y desde un punto de vista más fenomenológico y, por lo mismo, más filosófico tomado el propio resultado de la actividad imaginativa, la determinación de objetos de estudios como también de la posibilidad de hallar allí en estos un curso de acción epistemológico ciertamente válido cuando de acceder a la inteligibilidad de materias de existencia —entre otros asuntos ontológicos—, se trata.

Es a propósito de lo anterior que resulta plausible hallar certificación en ambos autores —uno filósofo y poeta, el otro sólo poeta—, de que la coincidencia existente entre filósofos y poetas es mayor de lo que a primera vista resulta. Aún más, bien vale la pena recordar el alegato unamuniano en defensa de la matriz común que, en sentido estricto, no está lejos de lo que ensayamos en la medida que comprendemos que al parecer filosofía y poesía son, al decir de María Zambrano; dos mitades o dos caras de una misma moneda<sup>22</sup>, dos mitades que coinciden en el objetivo final: ver y mostrar el sentido más propio de lo que hemos venido en llamar mundo humano.

RODRIGO PULGAR CASTRO

20 *Id.*

21 *Id.*

22 M. Zambrano, *Filosofía y poesía*, México: FCE, 1987, p. 13: «*como la expresión completa del ser del hombre», «la poesía es encuentro, don, hallazgo por la gracia. La filosofía busca, requerimiento por un método».*